

La Boz de Guipúzcoa

AÑO VII.

Diario Republicano.

NÚM. 2.374

Precios de suscripción.

SAN SEBASTIÁN: tres meses 4 pesetas.—PROVINCIAS, tres meses, 4,50 pesetas.—EXTRANJERO: un año, 35 pesetas.—ULTRAMAR: un año, 80 pesetas.
Las suscripciones hechas por conducto de los correspondientes, tienen un aumento de 10 por 100.
Número suelto, 5 céntimos.—Número atravesado, 10 céntimos.
No se devuelven los originales.

La Boz de Guipúzcoa
es el periódico de mayor circulación
de esta provincia.

DON VICENTE MANTEROLA.

El telegrafo nos ha traído la triste noticia del fallecimiento de D. Vicente Manterola, esclarecido éste de esta población.

Aunque por sus ideas le separó de nosotros un abismo, no es ocasión ésta de combatir al adversario, sino de hacer justicia a sus méritos, a sus envidiables talentos, y honrar la memoria de tan famoso hijo de San Sebastián.

Ante la muerte no hay reparos políticos. Desaparecen las miserias de partido y queda la verdad.

La verdad es que Manterola ha sido una de las figuras de más relieve de este país.

Nos basta presentarle—y así probamos nuestra imparcialidad y nuestro respeto—como orador parlamentario y precisamente enemigo encarnizado de nuestros ideales.

Valiéndonos de la curiosa obra del Sr. Cañamante, *Los oradores del 60*:

«Iba á librarse ruidosa y formidable batalla: la intransigencia contra la libertad, ayer contra hoy, la intolerancia contra el progreso. Todos la esperaban, nadie la sentía. El choque debía, sin embargo, ser terrible. Era muchos siglos contra la audacia de uno, uno contra los agravios de todos. Los combatientes estaban dispuestos: de un lado Cánovas, Monescillo, Cuesta, Manterola; de otro Ríos Rosas, Mata, Castellar, Montero Ríos, Echegaray.

¡Qué hermoso espectáculo! España iba á decir el por qué de su rotundamiento con la tradición, el motivo de su divorcio con la intolerancia, el derecho de reservar libres las ideas de su pensamiento y las preces de su conciencia.

Se presenta pidiendo plaza en nombre de la unidad católica un joven fuerte, vigoroso, de aire profano y atrevido. Viste el traje de la Iglesia, es sacerdote. Tiene los ojos negros y vivos, la voz mordiente, la boca grande, arqueadas las cejas, rígida como un quinto la cabeza. El todo de su fisonomía, es varón, pronunciado, energético. Más que la de un sacerdote parece su cara la de un seglar animoso y fuerte. Preguntémosle qué es y cómo se llama; responde que es canónigo y que se llama Vicente Manterola.

En efecto, él es: teólogo, periodista, orador, católico intransigente, político apasionado, enemigo irreconciliable, carlista en el llano y en la montaña, hombre instruido y de talento en todas partes.

Mirad cómo empieza, qué elocuentemente: «Yo, señores diputados, que vengo á decir la verdad, toda la verdad; yo, que os debo toda la lealtad de mi alma, no puedo menos de afirmar que he oido con el corazón profundamente lastimado, no lastimado tan sólo, con el corazón destrozado, con el corazón hecho pedazos y manando sangre, los cargos tremendos que se han dirigido á la Iglesia católica, cargos injustos, cargos gratuitos, cargos infundados. Debo, pues, señores, ante todo, vindicar á la Iglesia católica, para quien es toda la sangre de mis venas, todos los latidos de mi corazón, toda la energía de mi espíritu. todo mi ser, todo mi yo; y, después, descendiendo a los señores de la comisión, trataré de estudiar su obra partiendo de mi criterio católico; y estudiando su obra desde mi punto de vista católico, me permitiré decir que ese proyecto no me parece pueda satisfacer las necesidades más imperiosas, las aspiraciones más legítimas del pueblo español, porque me parece que ese proyecto es mezquino, y vosotros sabéis que es grande y fué siempre grande el pueblo español... ¡oh! el pueblo español es el pueblo más católico del mundo».

Este período, dicho con palabra fácil y desenvueelta, con calor y entusiasmo, terciado el manto y en movimiento las manos, es un período que basta para acreditar á un orador. Demostró, pues, en breves palabras que sabía hablar; pero demostró también que, de naturaleza ardiente, sabía herir. «No es descortés en cualquiera, en un sacerdote altamente censurable, llamar *mezquino* á la obra de unas Cortes. Esto fué el primer arañazo de sus garras, la primera manifestación de su apasionamiento: Ríos Rosas, que era uno de los autores de aquella *mezquindad*, á punto estuvo de tirarse el bastón y traer el bastón el sombrero; pero se contuvo, reprimió un rugido, y calló.

Desde sus primeros disparos Manterola no cesó de aludir á Castellar y del gran tribuno. Defendió al catolicismo del cargo de enemigo de la libertad y de la ciencia, y sin recurrir más que á su buena memoria afirma en los siguientes términos que la creación de los grandes centros del saber humano es obra de los Papas:

«Dónde estaba el protestantismo, señores di-

San Sebastián.—Lunes 26 de Octubre de 1891.

Redacción y Administración

Calle de Echaide, número 6, bajo.

Teléfono número 24.

Precios de inserción.

En cuarta plana, 10 céntimos la línea.—En tercera plana, anuncios preferentes (RECLAMOS), 20 céntimos la línea.—Gacillas, 50 céntimos.—Anuncios en la primera plana, 1 peseta la línea.
REBAJAS PROPORCIONALES AL NÚMERO DE INserciones.
COMUNICADOS: 4 precios convencionales, de 1 ó 25 pesetas líneas.
Recibo anuncios en París M. A. LORETT, rue Caumartin 61, una de nuestros correspondentes.

putados, cuando y en el año 895 se fundaba la Universidad de Oxford? ¿Dónde estaba cuando se fundaron las Universidades de Cambridge el año 915, la de Padua en 1179, la de Salamanca en 1200, la de Aberdeen en 1213, la de Viena en 1237, la de Montpellier en 1289, la de Coimbra en 1290?...

«Yo fatigo, señores diputados? Es que las grandezas de la Iglesia católica abruman bajo su peso á todos los que las consideran; pero es cuchadito todavía:

«Después de la de Coimbra vienen la de Roma, fundada en 3105, la de Heidelberg en 1346, la de Praga en 1348, la de Colonia en 1353, la de Turín en 1405, la de Leipzig en 1408, la de Ingolstadt en 1410, la de Lovaina en 1425, la de Glasgow en 1453, la de Pisa en 1471, la de Copenhague en 1499, la de Alcalá en 1517, y en fin, otras y otras y otras, porque podría también recordar las antiguas universidades de París, Bolonia y Ferrara. ¡Ah, señores! ¿Qué ramo del ser humano no se había cultivado ya, y no se había cultivado con éxito portentoso por el clero católico? ¿Qué, ¡necesitas! la Iglesia católica la aparición del protestantismo para cultivar las lenguas orientales, y dar al mundo esas Bibles poliglotas que tú vez ni uno solo de los corifeos de la reforma protestante tuvo de tiempo, ni paciencia, ni instrucción bastante para leer?

Es el más elocuente, el más profundo, el más brillante de todos los oradores que se han dado á luz. Su entendimiento es claro; su comprensión rápida; su talento cultivadísimo. Si los obispados se dieran al saber, Manterola debería ser obispo. Ha leído muchos libros, sagrados y profanos; es buen teólogo y polemista respetable.

Bajo el punto de vista del arte, este final de su discurso es encantador, bello, de gran efecto: «Señores Diputados: yo creo que si la España que se muestra desventurada patria tiene la desgracia inmensa de dejarse fascinar por unos buenas temporadas que no vendrán; que si tiene la desgracia de lanzarse en los descarnados brazos del librecatolicismo, ese día la España de los recuerdos, la España de las antiguas glorias ha muerto, ese día su nombre habrá desaparecido del mapa de los pueblos civilizados, ese día ¡Dios no lo permitió! caerá esta pobre nación abrazada á su osario, el ángel exterminador habrá congregado sus fatales cenizas, las habrá amontonado en la tumba inmunda del olvido, y sobre la tierra de aquel sepulcro desconocido, escribirá con caracteres de fango: aquí yace un pueblo apóstata que renegó de sus padres eternos por alcanzar los temporales y se quedó sin estos después de haber perdido aquéllos».

No fué á las constituyentes á persuadir, á dificultar, á recomendar el amor; fué (sin duda contra su propósito) á herir, á lastimar cosas y personas, á hablar el lenguaje de la pasión y de la ira. A nadie le pasó por la mente cuando hablaba que oía á un sacerdote; todos consideraban en él al político vehementemente, al futuro falso. De aquí que sorprendiera y atraía a la inesperada destreza de su palabra, que disgustara á todos sus ataques violentos y apasionados ya directos, ya indirectos á la Revolución y sus hombres. Agradable el orador, prevenía el sacerdote. Manterola, quizá por su edad relativamente corta, en lugar de preparar bien los ánimos los encendía y exaltaba.

Aquel manto gallardamente recogido, como recoge el chispero la capa; aquel gesto fiero y arrogante; aquella mirada oscura y violenta; aquel desenfado propio de un sacerdote que ni debió ni teme; aquél acento de mal reprimido despecho; aquél conjunto, simpático si, porque siempre gustan el saber, la juventud y la fuerza; pero descompuesto por la pasión del ánimo y el descuido de las formas, si por un lado le dieron notoriedad popularidad como orador político, quitáronle por otro no poco al sacerdote y al cristiano.

Manterola y Súfer y Capdevila, cada uno por su estilo, fueron los héroes de la caricatura y de la fotografía. Un chistoso hubo de tener la peregrina ocurrencia de unirlos en una fotografía dándose el brazo, amantes y confundidos como Julieta y Romeo, y la tal ocurrencia obtuvo un éxito extraordinario. Vendieron en cantidad de muchos miles.

Concluido aquel debate luminosísimo, inmortal; aprobado el artículo 21 de la Constitución, Manterola se retiró de las Cortes. ¿A dónde? Al periódico, á la política clara y sin ambages ni rodeos. Era uno de los primeros carlistas, y por su saber de los más distinguidos. Entonces se prepararon intentos á favor de don Carlos, se reunieron los formidables elementos que habían de estallar con terrible explosión en la última guerra civil.

Manterola dejóse de disimulos y fué á Estella a predicar la guerra santa. Recibióle con los brazos abiertos y le colmaron de atenciones y obsequios. En la facción había de todo: caballeros, farsantes, hombres de bien, saltadores, bandidos, condes, duques, marqueses, príncipes, monjas, curas, obispos; faltaba un canónigo y tuvieron á Manterola. Respectable completo, corte cabal, ejército invencible.

Concluye la guerra porque tenía que concluir, porque los carlistas no triunfarán jamás, y Manterola se acoge al indulto y presta juramento al rey D. Alfonso. Entra en España y

se dirige á Madrid, donde el cardenal Moreno, á ciencia y paciencia de Cánovas le nombra Económico de la parroquia de San Andrés. El económico es poco para un hombre de la actividad y la iniciativa de Manterola, y de la noche á la mañana arremete contra el espiritismo en una obra que anda por ahí vendiéndose por entregadas.

Manterola, aquél Manterola batallador, aquél Manterola carlista, aquél Manterola fascioso ha hecho un cuarto de conversión y abrazado la causa del rey don Alfonso.—«Eso no puede ser», contestarán ustedes.—Pues puede ser, y es. Nuestro canónigo ha debido comprender que no están los tiempos para melindres, y en Egipto, patria de los *Siete mil* como ha recordado samente con este motivo un periódico carlista, Manterola ha abjurado de sus ideas políticas.

Como orador, Manterola es notable, fácil, diestro, ilustrado. Afluye la palabra á sus labios naturalmente y sin violencia; su gran memoria la ayuda mucho en las citas con que avalora sus discursos; la energía de su alma y el fuego de sus pasiones prestan á su elocuencia acentos vigorosos y arranques de mérito. Es más sofista que lógico, y en las rectificaciones sueltas rebasa el nivel del discurso que quizá ha preparado en el silencio del gabinete con los tildes y pulimientos del amor propio. Se crece en las rectificaciones, aprovecha las faltas del contrario, le estrecha y aprieta en sus contradicciones y olvidos. Es un orador político de primera fuerza y un orador sagrado de mérito relativo.

Fué en las Cortes digno y elocuente compañero de Castellar; ha sido en el carlismo corregidor de Ochava y Telaraña.

Laus Deo.

LA AMISTAD Y EL NEGOCIO

Los valores están en alta y los arrebatos bajos.

Sin embargo, ayer nos hemos enterado de que un periódico bayonés se alarma porque observa que atrincherares en el campo de Oyarzun y cargamos de cañones á Choritoita, San Marcos y Guadalupe.

Traquilecese nuestro colega. Sus obras esas que lo mismo pueden defender nuestras fronteras algún día, que meter en cintura á los carlistas que él vuelven á desmandarse.

En medio de las excepcionales circunstancias por las que atravesamos no puede el sentido común alzar su mirada á esas fortalezas como esperando de ellas el arreglo de esta situación difícil. Solo los conservadores, cuyo sentido moral corre parejas con su sentido común, ponen su pensamiento en las trincheras y en los cañones.

Los que á Dios gracias no somos conservadores creemos que hay que pensar en una defensa, si; pero no en la de las fronteras, sino en la de las aduanas.

Eso de querer hacer el coco á Francia con la triple alianza es de lo más macarrónico y bufo que darse puede.

Porque, discúrranlos con calma, ¿qué es lo que se propone Francia con subir sus aranceles y poner barreras á la importación española? ¡Enemistarse expresamente con nosotros; lanzarnos á la triple alianza!

No; Francia creerá servir, haciendo lo que hace, á sus intereses. Podrá equivocarse, se equivocará seguramente, pero no se equivoca por el gusto de equivocarse, sino creyendo que favorece á su industria, á su hacienda, en fin, á sus intereses.

Nos hace un daño grande, es verdad; nos hace un daño económico. Pues de prudentes, sensatos y de prácticos no es contestar que con bravuconerías, sino con el daño al daño, con las tarifas á las tarifas.

Así como nosotros necesitamos exportar á Francia, necesita Francia exportar á España. Rechaza aquella nuestra exportación? Rechazamos nosotros la suya.

Esta amenaza sí que causará más sensación y hará más mella en los franceses que la de irnos con la triple alianza.

Y aparte de que si hiciéramos esto no resolvieramos el problema de nuestra situación, como ayer dijimos, ¿a qué fines prácticos nos lleva esa campaña de recriminación y quererias que nos entregramos?

Ez vez de estar pensando por dónde se da de dar salida á nuestros vinos y si podemos atraer á ciertas industrias vinícolas francesas á nuestro país nos contentamos, es decir, se contentan algunas gentes con gritar que romperemos nuestras relaciones con Francia y nos toaremos una revancha cruel...

Palabras y palabras. Dábemlos y tenemos que ser amigos de Francia hasta por razones de raza.

Pero así como la nación vecina, sin desdeñar nuestra amistad nos hiera en lo más vivo sin otro móvil que el sagrado y respetable de fomentar sus intereses, así nosotros mantenemos nuestra amistad y en defensa de nuestros intereses, podemos y debemos herirla en lo más vivo con igual arma: con el arma del comercio.

Porque ya lo dijo Ayala:

«Una cosa es la amistad y el negocio es otra cosa».

«Rechaza nuestros vinos? Rechacemos sus géneros. ¿Hace depreciación de nuestros valores? Hagámosla de sus productos. Imitemos á ese modesto gremio de Zaragoza que ha decidido no comprar un solo hiló en Francia mientras dure el actual estado de cosas.

Pero mientras vayamos á llevarla dinero; mientras tengamos una aristocracia que vaya á veranear á sus playas haciendo escarnio de las incomprensibles bellezas de nuestro suelo, y no sepa comprar un ovillo de hiló si no es en Francia, y no vista una camisa que no esté planchada en París, y nuestro comercio, en fin, acuda á surjir en los mercados de allende el Pirineo, ¿cómo pretender hacer daño á la nación francesa y corresponder a la mal?

¿Jugando á los soldados ó representando la fábula del niño subido en la trepa?

¡Bah...! Déjemonos de nimiedades.

Más miedo que armando ejércitos y anunciamos nuestra inclinación á la triple alianza, produciremos anuncios anunciando á la industria francesa que nuestro comercio suspende sus pedidos.

A VASCONIA

(Recuerdos)

Pocas naciones tienen aires nacionales tan pintorescos y que interpretan tan fielmente el carácter de sus comarcas, como España.

En las demás naciones, cada comarca tenía antiguamente su música regional, como tenía su dialecto, pero luego, al efectuarse la centralización de las regiones, se fueron perdiendo poco a poco en unión de sus costumbres, de las cuales solo se conserva el recuerdo.

No ha sucedido así en España, á pesar de su avasalladora centralización; y si bien es verdad que muchos pueblos van perdiendo su sifónia, tanto física como moral, aún quedan restos de lo que fueron.

Unos miran con indiferencia esta lenta evolución, y otros se alegran, porque en ello creen ver que la fuerza civilizadora lo va invadiendo todo; pero es preciso confesar que siempre da pena presenciar la desaparición de cuanto amaron nuestros abuelos.

En España lo que se conserva más arraigado en el carácter particular de sus comarcas es el lenguaje y los aires musicales.

Estos, sobre todo, en vez de perderse, han ido perfeccionándose, conservando siempre su sello regional.

Todos ellos son pintorescos, sencillos: la malaquilla, con su melodía bulliciosa y apasionada nos recuerda la música árabe, cuya expresión dulce invita á la somnolencia, á la *reverie*, muy propias de la dejadez y zalamoría del pueblo andaluz.

La jota, cuyo origen árabe se aprecia desde los primeros acordes, con sus sonas alegres, vivos y apasionados, es muy característica del pueblo aragonés, energético, arrogante y decidido.

La muñeira, con su dulzura melódica, su ritmo rítmico, su sonido cadencioso, sus notas chillonas y alegres, revela un pueblo sencillo y cándido.

Pero, en mi opinión de simple aficionado, ninguno como el zortziko revela tanta dulzura, tanta pasión en sus melodías; sus motivos despiertan ideas de tiernos idílicos, de tranquilidad, de dulce pasión; se cree adivinar en su sencilla melodía la inocencia y sencillez del antiguo pueblo vascongado, tan tranquilo en sus costumbres, tan amante de su tierra; á sus acompañados tonos parece verse el desfile de los *alabones* á paso measuredo, con el *makil* al hombre, ó las enamoradas parejas de pastores cogidas de las manos, diciéndose tonterías; todo un idilio romántico, delicado, ideal.

El zortziko es más triste que alegre; así como la jota parece epopeya, el zortziko es para mí una poesía elegíaca, y sus notas, aun las más alegres, dejan siempre en el alma algo de melancolía. El mismo *Gernikako*, con ser una sencilla melodía la inocencia y sencillez del antiguo pueblo vascongado, tan tranquilo en sus costumbres, tan amante de su tierra; á sus acompañados tonos parece verse el desfile de los *alabones* á paso measuredo, con el *makil* al hombre, ó las enamoradas parejas de pastores cogidas de las manos, diciéndose tonterías; todo un idilio romántico, delicado, ideal.

La música de los países montañosos, expresa los ruidos de los bosques, el rodar de las rocas, los fragores del torrente, los rumores todos de la montaña, uniendo la expresión de la naturaleza con la expresión del carácter de los habitantes; y lo mismo sucede con su literatura: tiene relatos breves, sencillos, á veces maravillosos, llenos de poesía y sentimiento.

La música y literatura euskarras, las dos son tristes y tienen un encanto indefinible.

Por eso despiertan en mí los recuerdos de las montañas vascongadas, la tranquilidad de sus paisajes, y por un momento me creo transportado á sus valles y caseríos.

JOAQUÍN L. BARRERA.